

Benito Pérez Galdós

Gloria



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1984

Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Raimundo Madrazo: *Retrato de una dama*

Banco Hipotecario, Madrid

© Álbum

Selección de imagen: Carlos Carenci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-302-7

Depósito legal: M. 402-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

- 13 1. Arriba el telón
- 18 2. Gloria y su papá
- 21 3. Gloria no espera un novio, sino un obispo
- 26 4. El señor de Lantigua. Sus ideas
- 30 5. Cómo educó a su hija
- 34 6. Cómo se explicaba la niña
- 42 7. Los amores de Gloria
- 46 8. Un pretendiente
- 50 9. Recepción, discurso y presentación
- 55 10. Don Ángel de Lantigua, obispo de ***
- 59 11. Un asunto grave
- 65 12. El otro
- 70 13. Llueve
- 74 14. El otro está cerca
- 78 15. Va a llegar
- 87 16. Ya llegó
- 92 17. El vapor «Plantagenet»
- 98 18. El cura de Ficóbriga
- 105 19. El naufrago
- 108 20. El santo proyecto de Su Ilustrísima
- 118 21. Sepulcro blanqueado
- 128 22. La respuesta de Gloria
- 133 23. Dos opiniones sobre el país más religioso del mundo

- 145 24. Una obra de caridad
149 25. Otra
158 26. El ángel rebelde
164 27. Se va
168 28. Vuelve
178 29. Se fue
182 30. Pecadora y hereje
190 31. Pausa. El conflicto parece resolverse, y tan sólo se
aplaza
194 32. Los cazadores de votos
201 33. Ágape
210 34. En el puente de Judas
215 35. Los juicios de Dios, abismo grande
224 36. ¡Qué horrible tiempo!
226 37. Al fin se supo
238 38. Job
245 39. El rayo

Segunda parte

- 249 1. Serafinita y don Buenaventura de Lantigua
255 2. Lo que dijeron
261 3. Cosas que se ignoran y otras que se saben y deben
decirse
269 4. Las amigas del Salvador
273 5. Realismo
282 6. Domingo de Ramos
288 7. Tía y sobrina
297 8. El Salvador en la calle
306 9. El Maldito
315 10. Hospitalidad a medias
324 11. Dieciocho siglos de antipatía
339 12. La fórmula de don Buenaventura

Índice

- 346 13. El secreto
354 14. Casa
360 15. ¿Adónde va? ¿Adónde ha ido?
368 16. Prisionera
374 17. Declaración
379 18. Pasión, sacrificio, muerte
386 19. Espinas, clavos, azotes, cruz
394 20. ¿Qué haré?
403 21. Jueves Santo
412 22. Esperanza de salvación
419 23. Los viajeros
423 24. Las leñadoras de Ficóbriga
433 25. Todo marcha a pedir de boca
439 26. Madama Esther
442 27. La madre y el hijo
448 28. Delirio, fanatismo
457 29. El catecúmeno
473 30. La visión del hombre sobre las aguas
482 31. «Mater amabilis»
488 32. Pascua de Resurrección
504 33. Todo acabó

Primera parte

1. Arriba el telón

Allá lejos, sobre verde colina, a quien bañan por el Norte el Océano y por Levante una tortuosa ría, está Ficóbriga, villa que no ha de buscarse en la Geografía, sino en el mapa moral de España, donde yo la he visto.

Marchemos hacia ella, que el claro día y la pureza del aromoso ambiente convidan al viaje. Estamos en junio, mes encantador en esta comarca costera cuando la deja de sus terribles manos destructoras el huracán. Hasta el mar, el displicente y sañudo Cantábrico, está hoy tranquilo; permite a las naves correr sin miedo por su quieta superficie, se arroja adormecido sobre las playas, y en lo profundo de las grutas, en las ensenadas, en los acantilados y en los arrecifes, sus mil lenguas de espuma modulan palabras de paz.

Las suaves colinas verdes van ascendiendo desde el mar hasta las montañas, subiéndose unas sobre otras, cual si apostarán a quién llega primero arriba. En toda la extensión del paisaje se ven casitas rústicas de peregrina forma esparcidas por el suelo; mas en un punto los desparrama-

dos edificios se convocan, se reúnen, se abrigan unos contra otros, formando el nobilísimo conjunto urbano que los siglos llamaron Ficóbriga. Elévase en el centro la torre no acabada, semejante a una cabeza sin sombrero; pero tiene en su campanario dos ojos vigilantes, y allí dentro tres lenguas de metal que llaman a misa por la mañana y rezan al anochecer.

En torno al pueblo (pues estamos cerca y podemos verlo), lozanas mieses y praderas muy lindas anuncian cierto esmero agrícola. Silvestres zarzas cercan una y otra heredad, y madre selvas llenas de aromáticas manos blancas, árgomas espinosas, enormes pandillas de helechos que se abanicuean a sí mismos, algunos pinos de verde copa y multitud de higueras, a quienes sin duda debe su nombre Ficóbriga.

¡Hermoso espectáculo ofrecen desde aquí las montañas, inmensa escalera que conduce a los cielos! Las más lejanas confunden sus vagas tintas con las nubes; en las más próximas se ven manchas rojas, semejantes a sangrientas heridas, y lo son realmente, hechas por el escalpelo minero que uno y otro día destroza la musculatura de aquellos gigantes. Atropellándose suben hacia Poniente, y la luz simula en las remotas cumbres extrañas cresterías, protuberancias, torres, grietas, excrecencias, lobanillos, hasta que las nubes envuelven en vaporosos velos la deforme arquitectura.

Después de atravesar un puente de madera, que sumerge en el salobre fango sus podridos pilotes, subimos una cuesta (casi estamos ya en Ficóbriga), desde la cual se ve la ría, dando vueltas como si no supiera adónde dirigirse ni dónde está el mar que la espera, metiéndose en todos los charcos de las marismas, cuando hay marea, y huyendo de ellos aprisa desde que empieza la baja. Escaso número de buques navega en sus pobres aguas, y sabe Dios el trabajo que

les cuesta dar dos pasos dentro de aquella angosta callejuela cuando se duerme el viento y la corriente empuja hacia la peligrosa barra.

Las primeras casas (por fin llegamos, señores) son miserables; las segundas, también. Es Ficóbriga una villa de marineros y labradores pobres. Algunos indianos ricos duermen sobre sus lauros comerciales en media docena de viviendas pulcras y cómodas. ¡Qué calles, santo Dios! Las humildes casas, estrechas y sucias, no se caen al suelo por no dar qué decir, y de sus indescriptibles balconajes penden redes, vestidos azules, húmedos capotes y mil suertes de descoloridos harapos, así como de sus caducos aleros cuelgan panojas en racimos, pulpos puestos a secar y ristras de cebollas.

Pasamos por delante del Consistorio, sito en el fondo de la plaza, enfáticamente convencido de que es digno de ser mirado; pasamos cerca de la Abadía, huraña vieja que se esconde entre casuchas tan viejas como ella, formando el más deplorable corrillo arquitectónico, y después de dar vuelta a la villa, volvemos al extremo de ella sobre la ría, por donde entramos. En dicho sitio hay una plazoleta, sombreada por dos acacias y un álamo verrugoso.

En la plazoleta (miradla bien, porque ahora comienza nuestra historia) hay una casa, mejor sería llamarla palacio, pues su aspecto en medio de tan ruín pueblo es verdaderamente magnífico. Compónese en realidad de dos edificios: el uno, viejo y decorado con hiperbólicas piezas heráldicas; nuevo y bonito, y casi artístico, el otro, no menos elegante que las llamadas *villas* o *cottages* en el lenguaje a la moda. Adórnalo por sus partes de Mediodía y Levante hermosísimo jardín de pinos de Alepo, floridas acacias, plátanos, magnolias, coníferas de diversas clases, por entre cuyas ramas se ven las cinco ventanas del piso principal. Variada

muchedumbre de arbustos, entre cuya frescura descuellan camelias como árboles, recortados mirtos, tamarindos, rosales y un pueblo inmenso de pensamientos, geranios, imperiales y otra gente menuda, se ve por los huecos de la verja, allí donde no lo impiden las discretas enredaderas, tan cuidadosas siempre de que el transeúnte no se entere de lo que pasa en el jardín.

Esta mansión encantadora está situada en punto desde el cual se domina el mar por el Norte, la extensión toda de la accidentada costa y la ría con su puente por el Este, Ficóbriga por Poniente, y por Mediodía el campo y las montañas. Rodéala vegetación umbrosa y florida, y la bañan benéficos aires. Es vivienda hecha para el amor egoísta o para las meditaciones del estudio. ¡Qué dicha para el alma tocada de amor o de las anhelantes curiosidades de la ciencia encerrarse en tan deliciosa cárcel, buscando al modo de aparente muerte para el mundo y vida inmensa para ella sola!

La casa es de esas que detienen al viajero y le dicen: «¿A que no aciertas quién vive en mí?».

Silencio; ábrese una de las persianas verdes que dan al jardín por el lado de las montañas. Hermosa mano rápidamente la empuja, se mueve la cortina, dejando ver una cara de mujer. Sus ojos negros exploran durante un rato todo el paisaje, y si la luz va lejos, ellos van más. Su rostro indica con rasgos infalibles la ansiedad del que espera y las penas inquietudes de un pensamiento ocupado por entero con la imagen de la persona que no quiere venir.

Miramos nosotros también hacia los montes, y no vemos más que montes. La graciosa joven desaparece, y al poco rato torna a presentarse y a mirar, más impaciente cuanto más tiempo pasa. Diríase que sus audaces ojos quieren ver lo que hay detrás de las montañas... Pero en los remotos ca-

1. Arriba el telón

minos no aparece aún cosa alguna con forma de hombre ni de bruto, y ella se inquieta primero, se fastidia después. No sólo está impaciente, sino enojada, y del enojo pasa a la cólera, y de la cólera a la desesperación.

Esta linda casa, que tiene el inmenso interés de toda vivienda a cuya ventana se asoma un semblante bello, esta mujer graciosa, estos negros ojitos que buscan y no hallan, se enfurecen y echan rayos insolentes contra una parte de la creación... ¡Oh!, por aquí anda el amor.

¡Adentro!

2. Gloria y su papá

Estaban los dos en una sala del Mediodía, con ventana al jardín, por la cual éste prestaba gratísima vista y olores al sentido. Parecía despacho más que otra cosa la tal pieza, por la regular balumba de libros y papeles que en diversos lugares de ella había, y las paredes se vestían con mapas, láminas de santos, el busto del Sumo Pontífice y un gran cuadro que contenía el retrato al óleo de un obispo, representado con pluma en la mano.

Sentado en ancho sillón estaba allí don Juan de Lantigua, hombre que iba ya mucho más allá de los cincuenta, serio, muy simpático a la vista y de fisonomía harto inteligente. Su frente y perfil no carecían de majestad, sin ofrecer bellezas académicas; pero lo dominante en todas las partes de su rostro era la expresión patente de una tenacidad acerada, como debió de ser aquella que hizo los héroes cuando había héroes y los mártires cuando había mártires. Así es que si pasó su vida sin ser ni una cosa ni otra, no consistió en él. Parecía la naturaleza corporal de aquel hombre quebranta-

da o por estudios o por penas. Podía también observarse en su semblante una tristeza serena, muy distinta de la teatral misantropía de los escépticos. Cuando le conocamos mejor, veremos que aquel melancólico sentimiento, que tan claramente salía de lo hondo a la superficie de su persona, era, más que hastío de sí mismo, una como lástima profundísima de los demás.

Contemplando a su hija, que por centésima vez se asomaba a la ventana, le dijo con afable tono:

—Gloria: por más que te muevas y mires, y esperes y torques a mirar, nuestro querido viajero no viene todavía. Ten calma, que ya llegará.

Gloria volvió al lado de su padre. Andaba en los dieciocho años, y era de buena estatura, graciosa, esbelta, vivísima, muy inquieta. Su rostro, por lo común descolorido en las mejillas, revelaba un desasosiego constante, como de quien no está donde cree debe estar, y sus ojos no podían satisfacer con nada su insaciable afán de observación. Allí dentro había un espíritu de enérgica vitalidad que necesitaba emplearse constantemente. ¡Encantadora joven! A todo atendía, cual si nada ocurriese en la Creación que no fuese importantísimo; atendía a la hoja desprendida del árbol, a la mosca que pasaba zumbando, a cualquier ruido del viento o bullanga de los chicos en el camino.

Su fisonomía parlante y expresiva como ninguna, no carecía de defectos; mas eran de esos que no sólo se perdonan, sino que se admiran. Era su boca un poquito grande, y su nariz casi más pequeña de lo regular; pero el conjunto no podía ser más hechicero. Sus labios encendidos eran la más hermosa y dulce fruta que puede ofrecerse en el árbol de la belleza a los hambrientos antojos del amor. Contrastaba con la frescura de esta golosina la exaltación, la flamígera

viveza de sus ojos negros, que tan pronto resplandecían con súbito rayo, tan pronto se abatían con lánguida pereza. Sobre estos dos astros aleteaban sus grandes pestañas. Mirando como miraba, ponía en sus ojos el reflejo de una conciencia pura. Aquella profunda sensibilidad, dispuesta a desarrollarse a tiempo, y que, no encendida todavía con verdadero fuego, a todas horas echaba chispas; aquel afán de sentir fuerte estaba tan lleno de honestidad, como el de algunas que por esta virtud han llegado a la canonización. El que no lo quiera creer, que no lo crea.

A la moda vestía la preciosa criatura, con elegancia no afectada. Todo participaba en ella de la gracia de su persona, y ningún pormenor de su peinado y de su ropa podía estar de otra manera que como estaba.

En el instante que la vemos, la inquietud de Gloria era tan grande, que no existía en su semblante rasgo alguno en el cual no se mostrara la impaciencia. Cuando se apartaba de la ventana, recorría la estancia de un punto a otro, tomando un objeto de este sitio para ponerlo en aquél, moviendo las sillas sin motivo que justificase las ventajas del cambio de colocación, observando los cuadros, que había visto mil veces en su vida. Podía decirse de ella lo del poeta: «Hasta cuando el pájaro anda se le conoce que tiene alas».

3. Gloria no espera un novio, sino un obispo

–Son las diez, papá –dijo la señorita con impaciencia–. Desde la estación de Villamojada aquí no se tardan más de dos horas.

–Sí; pero sabe Dios a qué hora habrá llegado el tren –repuso el padre–. Esta fórmula abreviada de la civilización se toma unas libertades... No hay que impacientarse. Desde que llegue el coche al ventorrillo de Tres Casas nos lo avisará el tío Gregorio disparando un buen puñado de cohetes, que alegrarán con sus estallidos la comarca. Caifás está en la torre aguardando el primer chispazo para echar a vuelo las campanas. Descuida, que no podrá darnos una sorpresa; habrá demasiado ruido.

Gloria se asomó de nuevo para mirar a la torre de la Abadía, que por encima de los tejados alzaba su caduco campanario, y dijo con alborozo:

–Sí; allí está Caifás con todos sus chiquillos, esperando para repicar a que reviente en los aires el primer cohete... Bien, muchachos; bien, Paco; bien, Sildo y Celinina; tocad fuerte, muy fuerte, para que se oiga en toda la provincia.

El padre sonrió con dulzura, demostrando el apacible contento de su alma en aquel instante.

—Papá —añadió Gloria, poniéndose delante con resolución—: ¿apostamos a que Francisca no ha espumado las cuatro gallinas, ni puesto en el horno la dorada, ni arreglado los platos de leche? Francisca es así: dos horas para mover cada brazo y otras dos para pensarlo..., y nada, llegarán los viajeros y estarán todo el santo día esperando la comida.

Luego que esto dijo, marchó a la carrera hacia la puerta.

—Gloria, Gloria —indicó el padre, obligándola a detenerse—. Ven acá; no salgas de aquí. Siéntate...

—¡Ay!, no puedo, no puedo ver que en un día de tanto apuro se les pasee el alma por el cuerpo —declaró la joven sentándose—. Yo me abraso la sangre. Llegarán y no habrá nada preparado.

—Mira, hija —dijo el buen señor, riendo—: es preciso que aprendas a no ser tan vehemente, a no tomar tan a pecho cosas nimias y de escaso interés para el cuerpo y para el alma. ¿Cuándo te enseñaré la serenidad y el aplomo que debe tener la persona en presencia de los actos comunes de la vida? Dime: si pones esa fuerza inusitada de la atención en negocios triviales, ¿qué piensas hacer cuando te encuentres en alguno de los mil graves lances que ofrece la vida? Reflexiona en esto, hija mía, y modera tu arrebatado temperamento. Mira: la pobre Francisca, a quien tú acusas, te podrá dar buenas lecciones. Observa con qué admirable método y previsión, con qué reposado estudio hace las cosas de la casa. Parece que tarda, y, sin embargo, todo lo hace con prontitud, porque todo lo hace bien. En cambio, tú, con tu impaciencia y ligereza, te equivocas a menudo, y, o no concluyes nada, o si concluyes algo es preciso volverlo a empezar. Yo he visto muchachas atolondradas, ligeras como el

aire, y vivas y deslumbrantes como la luz; pero tú, hija mía, a todas las das palmetazo. Agradece a Dios que te hizo buena, piadosa y honesta; que te dio natural honrado y generoso, que puso en tu alma las maravillas de la fe; todos los sentimientos puros y nobles, y el don de la gracia inefable, dejando las agitaciones para la superficie.

—Si Dios me dio tantas cosas buenas —dijo Gloria con la convicción de un padre de la Iglesia—, también es Él quien me ha dado este genio vivo, esta impaciencia por que pase pronto la vida y este afán de llegar a mañana.

—Vamos a ver. ¿Qué motivo hay para que la próxima llegada de mi hermano te haya puesto en ese sobresalto calenturiento?

—Como que hace tres noches que no duermo —repuso ella—. A fe que hay poco que hacer... ¿A un señor obispo se le puede recibir como a cualquier persona? Mi tío traerá consigo a su secretario el doctor Sedeño, y quizá, a dos de sus pajes, o cuando menos a uno... ¿Y no se han de disponer las cosas para tantos y tan dignos huéspedes? Si me fiara de Francisca, ya había que tener paciencia hasta el año que viene. ¿Cree usted que hay poco que hacer? Pues nada: todo el piso bajo de la casa es poco para la gente que viene. Y no se les va a poner en la mesa pan, vino y aceitunas. Tres viajes ha dado Roque para traer lo necesario. ¿Pues y la capilla?

—Vamos a ver: ¿qué tiene la capilla?

—Nada: que Su Ilustrísima querrá decir misa en ella, como la otra vez. ¡En bonito estado se hallaba la capilla! Ha sido preciso dar tres jabonaduras al Cristo, en cuyo santo cuerpo las moscas habían hecho más desperfectos que los judíos. El manto de la Virgen, perdido: he tenido que quemarlo y hacer otro nuevo con el terciopelo que compré

para mí. Yo creí que no saldrían con toda la tiza que hay en la casa las manchas de los candeleros. Afortunadamente, Caifás y yo fregoteamos bien, y todo ha quedado como un oro... Pero ¡ay!, ¡si supiera usted que los ratones se habían empezado a comer los pies de San Juan...!

–¡Pícaros animalejos! –exclamó don Juan, riendo.

–¡No sé qué les haría! Gracias a que Caifás, que es tan habilidoso, le puso al Santo en las heridas de los pies no sé qué pastas y rellenos, con lo cual y una mano de pintura ha quedado muy bien... Ya no harán más picardías estos tunantes, que nada respetan. En tres días que van de armada la ratonera han caído once, todos como lobos... ¿Todavía le parece a usted poco trabajo el mío?

–Me parece demasiado.

–¿Pues y las camisas que he tenido que hacer a los hijos de Caifás para que puedan salir a recibir decorosamente a mi tío? ¡Y se asombra usted de que entre y salga y suba sin cesar! Yo soy así, papá querido.

–Tú eres así..., lo sé. Dios te bendiga.

–Adoro a mi tío, que es un santo, y me siento feliz pensando que va a vivir bajo el mismo techo que yo; me parece tan poco lo que tenemos para obsequiarle, que quisiera traer aquí las maravillas de los palacios de un rey, y no teniéndolas, me voy a inventar mil agasajos para albergar dignamente a quien tanto se parece a Dios... No vivo, no puedo tener calma, me desvelo y me consumo... Paso las noches sin dormir pensando en la pachorra de Francisca, en la capilla, en el pobrecito San Juan, roído; en los candelabros manchados, en los ratones, en la pequeñez de la casa para tales huéspedes...

–¿Has creído –dijo con bondad cariñosa el padre– que mi hermano necesita palacios y lujo y ostentación? No, hija

mía. Mi hermano, como discípulo de Jesucristo, es humilde. Si esta casa fuera una choza, no sería menos digna de albergarle. Ofrezcámosle corazones puros, ardiente fe y admiración profunda de sus virtudes; regocijémonos al calor de su compañía para ver de imitarle; apropiémonos parte de los inmensos tesoros de su corazón, lleno de Dios, y no nos cuidemos de lo demás...

–Eso es lo primero; pero también...

–Pobre o resplandeciente de riqueza, la capilla será siempre un recinto sagrado, pues mi hermano ha celebrado y celebrará de nuevo en ella cuando los albañiles compongan el techo que se ha caído. Si los ratones se atrevieron con los pies de San Juan, fue porque esos infelices, también criados por Dios, no encontraron bocado más exquisito con que regalarse. Ni la efigie dejará por eso de ser imagen de un bienaventurado, ni éste dejará de interceder por nosotros, aunque no llamemos al industrioso Caifás para que remiende el retrato. Hija mía: que tu alma no atienda tanto a la superficie de las cosas: elévese a las alturas de lo que no ven los sentidos; no se inquiete tanto de los asuntos que la encadenarán demasiado a lo terrestre. Y, sobre todo, ese ardor tuyo por cualquier insignificante suceso de un día, no me hace gracia.

Apenas pronunciada la última palabra de este discursillo, oyose un estallido lejano en los aires; luego, otro y otro, como si los ángeles estuvieran cascando nueces en el cielo.

–¡Ya..., ya!... –gritó Gloria poniendo toda su alma en los ojos.

–Ya está ahí mi hermano –dijo Lantigua con calma, acercándose a la ventana–. Bien venido sea.